

## XIII.

Pondremos término á estas reflexiones, llamando la atención sobre los esfuerzos que en todos tiempos han hecho los filósofos para llegar al conocimiento de la verdad con respecto al origen y causas de los terremotos; esfuerzos acreditados por la variedad de opiniones y por la multitud de hipótesis escogitadas por los antiguos naturalistas para dar razón de estos fenómenos. Tales de Mileto atribuía los terremotos á los vaivenes producidos en la tierra, que, según él, flota en las aguas, no de otra manera que una nave en el océano. Según Metrodoro de Chio, así como la voz del que está encerrado en un tonel ó en cualquier otro cuerpo vacío y de grande capacidad, es suficiente para conmover sus paredes, así también la agitación del aire encerrado en vastas cavernas subterráneas producida por la entrada del aire atmosférico, determina los terremotos conmoviendo las paredes de esas cavernas. Anaxágoras buscaba la causa de los temblores de tierra, en el fuego producido por el choque de nubes formadas en las cavidades subterráneas, á consecuencia de la condensación del aire allí detenido.

Anaxímenes explica su origen por desmoronamientos subterráneos ocasionados, ó por la humedad del agua, ó por la acción del fuego, ó por la violencia del aire, y hasta por el deterioro sucesivo y paulatino de algunas partes que ya no son capaces de resistir al peso que sobre ellas gravita. Los estóicos pretendían explicar este fenómeno por la humedad de la tierra que sale y se disipa en el aire. Aristóteles y su discípulo Teofrasto recurren á las exhalaciones y vapores que se forman en el interior de la tierra, y que buscan salida al exterior en virtud de su rarefacción. Según Arquélao, los vientos que entrando en las cavidades subterráneas llenan todos sus espacios, son la causa determinante de las conmociones que experimenta la tierra. Demócrito admite que los temblores proceden unas veces del aire, otras del agua, y algunas de los dos agentes juntamente. Por último, Epicuro añade á estas dos causas el derrumbamiento de alguna gran porción de tierra sostenida antes por columnas y pilastras, y la agitación violenta de grandes lagos subterráneos, producida por los vientos que se desarrollan en las cavidades interiores del globo.

Por lo que hace á los volcanes, es digno de notarse que Platón atribuye los productos volcánicos á un inmenso río de fuego, llamado por él Pyriphlegeton, que ocupa un espacio mayor que el mar, y cuyas materias arrojadas hasta la superficie constituyen los productos volcánicos. Opinión singular, en la que no se puede



menos de reconocer cierta analogía y relacion con el calor central de los modernos, y que prueba al mismo tiempo, que, aun en las ciencias físicas, no pocas de las invenciones que se atribuyen comunmente á los modernos fueron ya conocidas, ó al menos presentidas por los antiguos filósofos.

Por extravagantes y destituidas de fundamento que aparezcan las opiniones que acabamos de reseñar, no por eso se debe juzgar con severidad á sus autores; antes bien debemos imitar la moderacion del filósofo de Córdoba, cuando nos dice: «Todas las cosas eran »nuevas para los que primero intentaron esplicarlas; »despues esas mismas cosas se fueron perfeccionando »sucesivamente, y si algo se inventó de nuevo, á ellos, »sin embargo, debe referirse. Cosa de grande ánimo »fué escudriñar los misterios de la naturaleza, y no »contentándose con su aspecto exterior, registrar su »interior y descender hasta los secretos de los dioses. »Muchó cooperó ya al descubrimiento de la verdad, »el que esperó que podia ser hallada. Dignos son de »escusa, por lo tanto, los antiguos. Ninguna cosa es »perfecta en sus principios. Y no solamente en esta »cuestion, la mas intrincada y dificil, en la cual des- »pues de haberse trabajado tanto, todas las edades ha- »llarán que investigar, sino en cualquier negocio, »nunca se llega á la perfeccion desde el principio.» (1)

(1) Séneca, *Questiones Natur.*, pág. 504, edic. cit.

Lejos, pues, de mirar con desprecio las opiniones de los sabios de la antigüedad, debemos, por el contrario, reconocer que sus trabajos abrieron el camino á posteriores investigaciones. Que si nosotros podemos dar razon mas plausible y satisfactoria de esos grandes fenómenos de la naturaleza, debémoslo á la continuada experiencia y observacion de hechos acumulados con el transcurso del tiempo, y debémoslo sobre todo á esa perfeccion y variedad de instrumentos físicos, que acrecentando el poderío y multiplicando las fuerzas de nuestra percepcion sensible, vienen á ser en nuestras manos otros tantos medios los mas eficaces de observacion, auxiliares poderosos de que carecian los antiguos naturalistas. Si alguno de estos, si Roger Bacon y Alberto Magno, por ejemplo, hubieran tenido á su disposicion los medios é instrumentos físicos, matemáticos y astronómicos que hoy andan en manos de todos, poderoso y enérgico impulso hubieran comunicado á las ciencias físicas y naturales, las cuales se hallarian hoy tal vez en posesion de verdades al presente ignoradas y desconocidas.



## XIV.

Al terminar estas consideraciones relativas á los temblores de tierra, no podemos menos de llamar la atención sobre ese empeño insensato que se descubre en la filosofía del siglo, de eliminar completamente la idea de Dios cuando se agitan estas grandes cuestiones. Como si para el hombre de la ciencia fuera un deber la negación de la acción de Dios sobre los elementos de la creación, descúbrase por do quiera una tendencia funesta á no reconocer el dedo del Omnipotente en los grandes fenómenos de la naturaleza. No se necesita gran penetración para reconocer el origen de esas tendencias, tan irreligiosas como contrarias á la verdadera ciencia filosófica. Esa filosofía que, halagando el orgullo y las pasiones del hombre, ha gangrenado la sociedad moderna; esa filosofía que, inoculando un germen maléfico en todos los ramos de la literatura, ha producido un vacío inmenso en la sociedad, desterrando de su seno el principio vital que le legara el catolicismo; esa filosofía que, dirigiendo todos sus esfuerzos á oscurecer y hasta desterrar la idea de

Dios en las inteligencias, ha inducido al hombre á desechar la palabra divina, adorándose á sí mismo y á sus pasiones; esa filosofía, en fin, cuyas tendencias morales son tan funestas, como son erróneas sus teorías científicas, y que bajo el nombre de panteísmo, ora manifiesto y decidido, como en Alemania, ora vago é indefinido, como en Francia, bajo el nombre de eclecticismo unas veces, disfrazado otras bajo los especiosos nombres de misticismo y criticismo religioso, gravitando siempre hácia el escepticismo, y hermanado, cuando no identificado realmente, con el racionalismo, el materialismo y ateísmo, contamina no pocas producciones literarias de nuestro siglo; es la verdadera causa de ese divorcio práctico que se pretende establecer entre la ciencia y la religión. Queriendo absorberlo todo en su absurda unidad, ha hecho la ciencia atea, porque ha desterrado de su seno á Dios, de quien deriva toda ciencia. De aquí ese positivismo materialista, que es la llaga que devora la sociedad moderna, esa sed inmensa de placeres físicos, esa aversión de los espíritus para los altos estudios filosóficos de moral y metafísica, ese gusto dominante por las ciencias positivas y por el desarrollo puramente material, ese refinamiento, en fin, de una civilización que no produce sino espíritus ávidos de goces materiales, almas secas y agostadas por la incredulidad y por la indiferencia religiosa.

Digámoslo de una vez: ese indiferentismo moral y



religioso que seca y mata los mas bellos sentimientos del corazon humano, fruto es de la filosofia panteista que convida sin cesar al hombre al banquete de los placeres, dando ancha entrada á todas las pasiones con sus doctrinas bajas y terrenas, con sus teorías de muerte y de la nada: el mundo moral es siempre el reflejo del mundo intelectual. Así se cumple en nuestra época la palabra profética de Bossuet: «Llegará dia »en que todo será indiferente menos los placeres y los »negocios.» Hé ahí los frutos amargos de esa ciencia orgullosa, que tiende á desterrar á Dios de la humanidad, al mismo tiempo que diviniza al hombre. Desvanecidos estos filósofos en sus pensamientos, se han dicho á sí mismos en su delirio impío: La ciencia y la verdad brotarán de nuestros labios y correrá de nuestra pluma como de su manantial: admiraremos al mundo con la magnificencia de nuestra palabra, y ¿quién nos dominará entonces: *Quis noster Dominus est?*

¡Cuán diferente es el lenguaje y los sentimientos del filósofo católico! Bien persuadido de que todo se halla sujeto á la providencia de un Dios, en cuya presencia el universo todo es como una gota del rocío de la mañana; sabiendo que toda criatura obedece á sus inescrutables decretos, y que nada es capaz de resistir al poder de su brazo cuando quiere ostentar su fortaleza, no puede menos de reconocer en esas grandes catástrofes con que el Eterno visita en su ira los pueblos

y las naciones, un castigo del orgullo y de la iniquidad del hombre. Si en tiempo de Noé la raza humana quedó sepultada bajo las aguas del diluvio, fué porque Dios midió la iniquidad de la tierra, y vió que «toda carne habia corrompido sus caminos.» Si «el Señor llovió azufre y fuego del cielo sobre Sodoma y Gomorra, y arrasó estas ciudades y todo el pais confinante, los moradores y todas las verdes campiñas de su territorio,» fué porque se hallaban manchadas con los crímenes de una generacion perversa, y porque el clamor de Sodoma y de Gomorra habia subido hasta su presencia. No de otra manera cuando un pueblo insensato abandona á su Dios; cuando sus abominaciones colman la medida de su paciencia y benignidad; cuando en su impiedad y orgullo no produce sino frutos de iniquidad; su misericordia dá paso á su justicia, se enciende como fuego su furor, hace temblar la tierra y estremece hasta los fundamentos de los montes, sepulta bajo el polvo de sus ruinas pueblos y ciudades, y, segun la enérgica espresion de la Escritura, toma con sus manos los polos de la tierra, la sacude y estremece, para arrojar de ella á los impíos: *Tenuisti concutiens extrema terræ, et excussisti impios ex ea.*

Si nos fuera dado asistir á esas grandes convulsiones de la naturaleza, penetrar en esas ruinas espantosas, y leer en esas tumbas abiertas por la mano del Omnipotente á tantos pueblos barridos de la superficie de la tierra por el soplo de su ira, entonces tal vez



comprenderíamos los resortes misteriosos que enlazan al orden físico con el orden moral, y la relacion que existe en el trastorno de sus leyes respectivas. Cuando la naturaleza arranca de su seno mugidos sordos y profundos parecidos al extertor de la agonía; cuando cruje y bambolea sobre sus cimientos, como una máquina al romperse; y cuando, en fin, estalla, y revienta, y se abre bajo el anchuroso asiento de una ciudad populosa, es que el hombre la oprime con el peso de sus crímenes, y que es necesario aliviar al mundo de este peso. Existe, sin duda, una armonía misteriosa entre la naturaleza física y el hombre como rey de esa misma naturaleza y como centro del mundo moral: sus leyes están igualmente armonizadas, y la infraccion de las unas viene acompañada casi siempre del terrible predominio de las otras. Dios, que es sobre el hombre y sobre el mundo, es tambien quien pone en movimiento estas leyes combinadas, cuando ha sonado la hora señalada por sus decretos eternos.

Esta observacion moral tiene, sin embargo, sus límites naturales que se hace necesario indicar, aunque de paso, para no deducir de estos principios exageradas consecuencias. Hemos dicho que los grandes trastornos del orden físico, suponen y acompañan casi siempre á grandes irregularidades en el orden moral; pero esto debe entenderse solamente, cuando las revoluciones de la naturaleza afectan directamente al hombre, y le arrastran consigo en cierto modo, labrando

su infelicidad y su desgracia. La infelicidad y las desgracias de los hombres, siempre han sido consideradas por los teólogos, como el resultado mas ó menos inmediato de algun crimen. Empero el filósofo cristiano sabe tambien que los grandes actos de la justicia del Señor en este mundo, están subordinados á su misericordia. Las catástrofes que destruyen los pueblos culpables aceleran la recompensa de los justos. El hombre debe considerar estos castigos como avisos saludables que Dios nos dá durante los cortos dias de nuestra peregrinacion, para que no olvidemos nuestros altos destinos, y los dias eternos que nos aguardan tras del sepulcro. Hé aquí lo que dice al hombre la filosofía cristiana: abracemos la ciencia de Dios que edifica y consuela, y desterremos de nuestras almas esa ciencia vana que arruina y desespera. Lejos de nosotros esa filosofía que en su soberbia impía se atreve á decir á los hombres: «disfrutad en este mundo si podeis: pues mas allá de la tumba no se os ofrece mas que una vaga absorcion en el gran Todo. A la manera que la gota de rocío convertida en lluvia es transportada por la corriente del rio al vasto océano, en donde se abisma y se pierde, del mismo modo un dia despojados del sentimiento y de vuestra personalidad, ireis á confundiros en el vasto seno de la Naturaleza. En presencia de este gran Todo que no tiene ni cabeza ni corazon, de esta necesidad de bronce que nos llama un dia para la existencia con el fin de hacernos des-



aparecer mañana; ante este poder desconocido que se alimenta con las lágrimas de la desgracia que él ha creado, no sé qué secreto terror se apodera de mi alma; un temblor calenturiento la atraviesa y la hiela como si fuera la mano de la muerte. No, el hombre quiere creer, conocer, amar, ser inmortal, y maldecirá las doctrinas que pretenden arrancarle la vida.»

Colegio de santo Tomás de Manila, 12 de Setiembre de 1857.

**SOBRE UNA BIBLIOTECA  
DE TEÓLOGOS ESPAÑOLES.**